

acerca de las Maravillas de la Vida a Distancia, (Texto utilizado en la enseñanza. No publicado.)

Cuando alguien discute la globalización o la técnica, discute el lugar que se le otorga, el alcance o el sentido que se le debe dar, la hegemonía que se produce en ella, etc. En ningún caso discutir significa forzosamente rechazar en bloque. Por lo demás, siempre hay elección, incluso dentro de un fenómeno que se presenta como imparable o indiscutible (es ahí donde la elección precisamente tiene mérito, a veces heroico). Una persona, una nación entera pueden elegir modernizar sus medios, pero otra cosa muy distinta es entregarse culturalmente a la ideología que segregan esos medios (que con frecuencia ocultan intereses particulares, muy poco "globales"). En otras palabras, una cosa es usar instrumentos, otra cosa es *dejarse usar* por ellos. El texto de Echevarría es un ejemplo perfecto de esto último, de este nuevo tipo de contaminación mental. Este *optimismo tecnológico* (según el cual el paseo es igual a Internet, según el cual "nunca ha habido Naturaleza tan bella como la que Telépolis presenta con orgullo", etc.) es, por una parte, producto de los comienzos, donde siempre parece que la revolución técnica de turno va a cambiarnos la vida. Esto ya se prometió con el telégrafo, con el tren, con la televisión: después, para bien y para mal, la vida "sigue igual"... Por otra parte, dado que sus autores no son jovencitos impresionables, podemos sospechar que este optimismo es interesado, parcial, tal vez propio de privilegiados.

1 ¿Cuál es la ventaja radical de la "vida a distancia" en relación a la vida real, la que se desenvuelve en la cercanía, *aquí y ahora*? No es la comodidad, sino la seguridad. La vida a distancia siempre se ofrece grabada, programada, empaquetada: se puede parar, rebobinar, acelerar, lentificar, *zappear*, cambiando de canal si uno no nos gusta. Últimamente se puede incluso modificar una fotografía, una película, un cuadro que nos interese. En la realidad virtual no puede haber sorpresas radicales, que no esté programadas, pues (salvo accidentes) todo transcurre en canales, aunque sean múltiples y complejos. Incluso en los juegos que se venden programados existen cierto número de variantes, que se acaban controlando a fuerza de repetir la jugada.

2 Por contra, la vida real transcurre en un solo canal (sin posibilidad de hacer zapping) y, desde luego, en ella no es posible un control "a distancia". No se la puede parar, congelar, escanear, dar marcha atrás, modificar: lo dicho, dicho está; lo que ocurrió, ocurrió, sin posibilidades de modificar nada, de rebobinar la cinta. Evidentemente, antes o después, podemos intervenir en la presencia real y modificarla, pero al precio de *implicarnos* en ella, de romper la rutina con nuestro esfuerzo y arriesgarnos. Pedir disculpas, hacer una pregunta, decir "no" o "sí" supone actuar, tomar una decisión: comprometer nuestra existencia, nunca apretar simplemente un botón.

3 Fijémonos en que en la presencia real lo *irremediable*, su emoción y su riesgo, es lo que constituye su esencia. Que las cosas (una boda, un examen, una carrera deportiva) sólo se vivan *una* vez, que tengan una única oportunidad, es lo que hace a cada momento importante, lo que nos obliga a pensar, a tener cuidado con lo que hacemos, con lo que decimos... Como se suele decir, ahí no se trata de un juego, no se puede volver a empezar, y es eso lo que constituye su *realidad*. Esa imposibilidad de evadirse o tomar distancias, y el consiguiente riesgo, es una fuente de percepción y conocimiento: nos obliga a fijarnos en los detalles de las cosas, en sus diversos aspectos, en cómo se comportan los demás ahí, etc. Evidentemente, hay una cierta ambigüedad en lo real, existen cien canales en ese único canal del "aquí y ahora": la clase puede ser otra, mi relación con esta persona puede ser otra, mi vida puede cambiar, esta conversación puede cambiar. Nada está escrito de una vez por todas, pero es una tarea de *cada cual*, y de cada día, encontrar esas otras posibilidades, provocarlas, arrancar la máscara de las

apariencias, romper la inercia.

4 En general, es un pequeño *accidente* (la muerte es su ejemplo extremo) el que hace falta para cambiar la rutina de las cosas: se suele decir, "desde aquel día María no es la misma". Pero en el fondo, a diferencia de la realidad virtual, el "accidente" es la ley de la vida real: nuestro nacimiento comenzó por un "accidente", el "accidente" de conocer a tal persona nos cambió, etc. Según el pensador P. Virilio, cada avance tecnológico tiene su *accidente específico*: el avión que se estrella, el accidente nuclear, el virus informático. El accidente hace que vivir sea algo peligroso, pero sin ese peligro la vida no tendría sentido, sería una pesadilla. De hecho, hasta la tecnología lo sabe y utiliza esto: el "directo", el *live* de los medios simula la emoción de asistir a lo real, tal como ocurren las cosas, con su azar, pero sin su riesgo. Ciertamente, la escena que vemos *no nos ve*, no nos implica: como dicen los libros de texto, en ella no somos protagonistas. Además, se puede apagar el aparato de TV, se puede cambiar de canal.

5 La médula de la vida real está en ese riesgo, en el dolor de lo imprevisto. Pensad en lo que es "una clase divertida": hasta el sentido del humor es una forma de romper (con un accidente u ocurrencia hilarante) la rutina de las cosas, su cáscara, su inercia. El humor utiliza de un modo benevolente la misma "violencia" que la cólera utiliza de una manera destructiva. De cualquier manera, lo imprevisto, lo que se destaca, es lo que constituye lo que llamamos *experiencia* (nada se recuerda si no deja huella). Hasta que no nos ponen en la carretera no sabemos lo que es conducir un coche; mientras que no sufrimos a tal persona no la conocemos, ni podemos admirarla ni aborrecerla; hasta que no tropezamos con los detalles de tal programa de ordenador no aprendemos... En suma, nadie puede ocupar el lugar de otro en la experiencia de las cosas. Es esa falta de distancias, esa implicación intransferible de cada uno en la vida real, lo que nos obliga a pensar, a saber, a espabilar. Sin esa cercanía envolvente de la existencia, sin su carácter *indelegable*, nunca saldríamos de la infancia. Por cierto, en todas las biografías de la gente que tiene el valor de crear algo nuevo (esto ocurre incluso con los "genios" de la economía o de la técnica) veremos esa huella dolorosa de la experiencia.

6 Pero justamente la oferta consumista de los medios, la oferta casi religiosa de la tecnología, supone introducir una ilusión de delegación precisamente en ese punto, como si alguien pudiese aprender por nosotros (la información es sólo un ejemplo). Como si *mi* libertad fuese una serie de maravillosas ofertas a la carta, al alcance de la mano con sólo apretar un botón, quieren que nos limitemos a elegir en un programa que se nos sirve como si fuera gratis (como si no llevara implícito el "precio" de someterme a otros que deciden por mí, que seleccionan y preparan la información para mí). ¿De qué sirve un periódico o Internet si uno no toma decisiones, es decir, si uno no actúa de un modo *individual*, es decir, no pasivo sino activo; no técnico, sino "primitivo"? ¿Con qué tipo de pensamiento puso contra las cuerdas un solo hombre, Kasparov, a una máquina multimillonaria (*Deep blue*) creada por cientos de los mejores especialistas?

7 Todo pensamiento creativo, que cambia algo, es una irrupción elemental ("salvaje": no consensuada) que brota de lo más incommunicable de nuestro interior, de lo más "atrasado". Se utiliza constantemente el chantaje del *retraso* (por ejemplo, el miedo a ser "incompatibles"), pero no está claro que no pensemos, sintamos o decidamos con lo más *subdesarrollado* de nosotros mismos. Hasta en el genio de la economía o la técnica hay este punto inicial de pensamiento no pragmático (*tecnológicamente incorrecto*, dice J. Baudrillard). Según recuerdan los libros, ahora se vende el modelo: "en zapatillas, sin movernos de nuestro sillón favorito". Pero esta segura comodidad tiene lógicamente el precio de una total pasividad. Incluso la interactividad de los medios no es igual a la acción libre, a la decisión, pues depende de un marco de posibilidades servidas (en suma, depende de la *interpasividad*, como en un concurso televisivo). Y la pasividad no siempre es aconsejable: ¿qué ocurre si no estamos satisfechos con nuestra vida actual? Aunque lo estuviéramos, ¿no hemos de mantener esa satisfacción con nuestro esfuerzo? En última instancia, podemos ser "pasivos" cuando nuestra vida está garantizada, resuelta por otros. ¿Es una casualidad que las maravillas de la vida a distancia para la población autóctona de los países ricos

coincida con la importación masiva de "sangre fresca" del Tercer Mundo: el espectáculo televisivo de las miserias del exterior, la importación de trabajadores inmigrantes? En este aspecto, la pasividad de los países avanzados entraña una forma *feroz* de decisión sobre la vida de los otros.

8 Además, lo que no se quiere para mí (que yo me atreva a inventar mi vida, a pensar por mí mismo como una persona independiente, a mantener mi singularidad) es sin embargo lo que *ellos* sí hacen. Ciertamente, los que mandan en la economía que rige la tecnología sí que deciden, acudiendo para ello (salvajemente) a la presencia real. Rigen sus empresas con una dirección implacable, venden sus instrumentos con una competitividad implacable, hacen su publicidad y ponen sus precios con una ferocidad implacable. En realidad, ellos, la nueva elite que nos vende las excelencias de la "vida a distancia", actúan como si quisieran tener la *exclusiva de la presencia real* (el periodista, el especialista vive por nosotros). Efectivamente, les interesa que deleguemos en ese punto, les interesa que, entre jornada laboral y jornada laboral, vivamos obedientemente instalados en nuestro hogar conectado... mientras ellos nos sirven, aparentemente gratis, la versión correcta del mundo. Según Adorno, la función de los medios modernos es "cerrar los sentidos de los hombres" durante el ocio, para que así no entre en ellos nada que interrumpa el ciclo productivo.

9 Sin embargo, lo cierto es que la gente *actúa*, toma decisiones (igual que hace mil años) cuando afronta y toma en serio su aquí y ahora, sus circunstancias reales, su espacio y tiempo particulares. Cualquier acción, movilización o manifestación, aunque utilice Internet por en medio (incluso aunque sea para modificar algo en la Red), ha de *descender a la calle* para que sea efectiva. Lo que se quiere al "vender" el mensaje de las ventajas de lo virtual es que la gente delegue la cercanía en otros (utilizando el lenguaje de Echevarría, que se conviertan en "tele-empleados", en "tele-esclavos" quizás). Es decir, que delegue la relación *local* y comunitaria que les hace fuertes (el barrio, el pueblo, la ciudad: allí donde se desenvuelve físicamente su vida común) en la religión global y sus gurús especialistas.

10 ¿Por qué una relación amistosa conseguida en las pistas de comunicación hay que ponerla a prueba en el "canal único" de la vida real? ¿Por qué los políticos de cualquier nación desarrollada descienden a la calle, a la presencia directa, en los momentos álgidos de una campaña electoral? ¿Por qué es necesario ver a nuestro grupo favorito en directo para comprobar, más o menos, si tocan o no tocan bien? (por qué tantas películas, para adquirir credibilidad, se ponen el subtítulo: "Basada en una historia real"?). Estas preguntas sencillas hay que repetir las sólo porque continuamente se nos vende la *fe* (interesada, como todas) en la "vida a distancia". Los niños, la juventud, los inmigrantes (es decir, la población de recambio), son víctimas fáciles de la maravillosa publicidad sobre el consumo y la tecnología. Pero no sólo la publicidad miente sistemáticamente sobre la efectividad real de la tecnología, las potencialidades de la vida a distancia. Se miente, en general, también en los libros, no sólo para mantener el negocio del consumo (que hace continuamente obsoletos los instrumentos que aún nos sirven), sino porque la gente necesita *creer*, tener fe en que hay algo que nos libra de la vida. La gente necesita animarse a delegar, a consumir la distancia que manejan otros y a abandonar sus condiciones reales de vida, el *locus* (imperfecto, mortal) donde serían fuertes.

11 No nos enfadamos a distancia, no nos duelen las muelas a distancia, no reímos a distancia. Todo eso ocurre, si ocurre, aquí, ahora. Además, por lo que sabemos, no somos inmortales, algún día moriremos: esto es lo peor de la presencia real. Pero el dolor y la muerte hacen a nuestra vida *única*, pues le otorgan una raíz intransferible, diga lo que diga la Red (si la gente comunica, lo hace desde su raíz no socializable). ¿Dejaremos la decisión, la *responsabilidad* sobre nuestra existencia singular, para ese momento final? ¿Quizás con la esperanza de que entonces nos salve la eutanasia, asistida técnica y socialmente? Pero entonces, una vez más, el actual sistema tecnológico en nada se diferencia de la antigua Iglesia. Mientras esperamos en el más allá de la comunicación total, en el tránsito provisional por esta tierra (antes un valle de lágrimas, ahora un chispeante anuncio publicitario), los nuevos sacerdotes hacen lo que pueden para mantener su oferta de entretenimiento y organizar el presente de los hombres,

su espera. El antiguo cura párroco hablaba como ellos, pero al menos a él le amparaba la palabra de Dios. Y esa divina garantía es lo que ahora nos falta.